

Excelsior, 8 de septiembre de 1982

Necesidad Como Virtud El Arte de la Política

POR LORENZO MEYER

DESDE una perspectiva estrictamente política, la decisión de José López Portillo de expropiar en favor de la nación las instituciones de crédito privadas fue un golpe maestro. A tres meses de entregar el poder a su sucesor, López Portillo era un Presidente derrotado, con una administración desmoralizada, unas finanzas públicas en bancarrota y una economía nacional en profunda crisis financiera y estructural. Sin embargo, después de anunciar a un auditorio sorprendido que el Estado se hacía cargo de la banca privada y que imponía un control generalizado de cambios, el panorama se transformó de manera dramática.

La economía sigue en picada, pero el Presidente se levantó, y en un esfuerzo desesperado y hacedero uso de todo el poder del que aún dispone el Estado, dio un golpe mortal a la burguesía financiera. De un plumazo se derrumbó el imperio de los Espinosa, Yglesias, los Legorreta, los Vallina, etc. Y eso no fue todo, la responsabilidad de la crisis, —una de las más profundas que México haya sufrido desde el fin de la Revolución—, y que hasta ese momento el gobierno y el régimen no habían encontrado la manera de eludirla, cayó de golpe y porrazo sobre los hombres de los bancos privados. Ellos y sólo ellos, eran los traidores, los saecadólars, los vendepatrias.

EN un abrir y cerrar de ojos quedaron en el reino de la anécdota el ex gobernador Rubén Figueroa y su portafolios lleno de dólares o el cheque de Guillermo López Portillo para pagar una propiedad en Florida.

No hay duda, el golpe es genial. Históricamente, la burguesía no ha podido forjar alianzas sólidas con los grupos populares. En México, nadie, excepto sus familias y allegados inmediatos, va a derramar una lágrima por la suerte de los banqueros. En este y el anterior sexenio, sus utilidades fueron sencillamente asombrosas: más de once mil millones de pesos en 1981. Mientras la inflación hacía estragos en los ingresos de todos nosotros, los asalariados, la banca se extendía y prosperaba ante los ojos de todos. Ahora, esa misma generación de banqueros, que no era tan nueva como ellos nos querían hacer creer, va a pagar — literalmente — los platos rotos.

En realidad estamos viendo y viviendo un nuevo triunfo de Maquiavelo. Quienes ahora expropiaron fueron los mismos que pusieron las reglas bajo las cuales operaron ventajosamente los banqueros y los mantuvieron por años, pese a que la sangría de divisas era patente. Sólo cuando el erario quedó exhausto un gobierno en crisis se volvió contra su socio y aliado de un golpe seco y brutal lo eliminó del juego y echó sus despojos a la arena, para que su vista sirva para disminuir el número de frustraciones que nos acerca a la mayoría de los mexicanos el fracaso económico.

A diferencia de la expropiación de 1978, el triunfo de una larga lucha iniciada con la expropiación de la Comisión del Petróleo en 1945, la actual es producto de una reacción de última hora. Sin embargo, quizá en el largo plazo esto no im-

Necesidad Como Virtud

Sigue de la página siete

porte mucho. Sea como fuere, el Estado dispone ahora de todo el ahorro nacional y el poco que aún pueda encontrar en el exterior, para dedicarlo cien por ciento a atender las prioridades nacionales. La banca sigue siendo un instrumento muy poderoso para llevar adelante las tareas del desarrollo.

Nuestro gobierno dispone de dos tradiciones en el momento de tomar el mando de todo el sistema financiero nacional. Una, la simboliza el Banco de México; es la tradición más cercana que tenemos a la eficiencia y al manejo responsable de los recursos públicos. Del otro lado, se encuentra la tradición del Banco de Crédito Ejidal, Banobras, etcétera, es decir, una tradición plagada de corrupción o ineficiencia o burocratismo o todo esto junto. Si de sindicatos en actividades gubernamentales se trata —ahora que los empleados bancarios se sindicalizan—, la tradición disponible es más bien negativa: charrismo y corrupción.

Pese a todo, bienvenida la nacionalización de la banca. El principio en que se sustenta tal medida es sano. Pero una cosa son los principios y otra la realidad. Mantengámonos alertas para evitar que esta gran fuerza que ahora adquiere el Estado no se vuelva a usar en favor de unos cuantos: de burguesía gubernamental en este caso. Nadie nos ha escriturado el éxito de la medida. Esta responsabilidad es de las administraciones que vienen, y si fracasan ya no habrá banqueros en quien cargar las culpas.

SIGUE EN LA PAGINA OCHO